

bién depende ya de ella de resultados del extraño poder del amor, experiencia humilde pero no humillante.

Una vecina consulta a un teósofo, apodado Tícher porque enseña el inglés, a ver si acaso recurriendo a las ciencias ocultas se podría salvar a Camila. Al enterarse que tenía un novio, como llamaban las vecinas a Miguel, Tícher aconseja como remedio que se casen: sólo el amor es fuerte como la muerte, explica. Por eso, si el novio realiza el acto de amor, que es el matrimonio, vencerá a la muerte y salvará a la señorita: «A la muerte únicamente se le puede oponer el amor, porque ambos son igualmente fuertes, como dice *El cantar de los cantares* (cap. XXX). El matrimonio se realiza ese mismo día, y al concluir la ceremonia Tícher exclama: «*Make thee another self, for love of me*» (cap. XXX).

La clave para el tema de la fertilidad está en el dictamen de Tícher: «A la muerte únicamente se le puede oponer el amor.» Establece los polos de oposición entre la postura del presidente (representando la muerte), y la posición hacia la cual avanza Miguel (representando el amor) desde su primer impulso rebelde cuando impidió el asesinato de Canales. Tícher señala también los medios prácticos por los que el amor vence a la muerte: «*Make thee another self...*» (Hazte otro tú.) La cita es del Soneto X de Shakespeare en donde urge a «W. H.» que se case y engendre hijos, para alcanzar la inmortalidad en su prole y así desafiar la muerte.

¿Cómo vencer al presidente? Del punto de vista político no puede encontrarse solución alguna en *El señor presidente*; pero si se modifica la frase y se pregunta cómo sobreponerse a la muerte y la destrucción personificadas en el presidente, la novela responde: mediante el amor, porque el amor es creador y lleva a la vida nueva, a la fertilidad. «El amor es fuerte como la muerte» (*El cantar de los cantares*, 8:6). En cierto sentido se puede considerar *El señor presidente* como un comentario extenso sobre este pasaje de la Biblia.

Si los detalles del desarrollo espiritual de Miguel no saltan a la vista del que lee la novela por primera vez, es porque Asturias emplea artificios surrealistas para presentar la vida interior de sus personajes, exigiendo del lector bastantes esfuerzos de su propia imaginación creadora. Puesto que por aquel entonces su técnica era poco común (la novela se escribió entre 1922 y 1932, aunque no se publicó hasta 1946), Asturias nos señaló con el ejemplo siguiente cómo debíamos emprender la interpretación de su obra: en el penúltimo capítulo, Camila, preñada y separada forzosa y definitivamente de su esposo, sueña que está tendida en una hamaca, un caramelo en la boca y jugando con una pelota. Escúrresele la pelota de entre las manos y bota

hasta desaparecer a lo lejos, mientras crece el caramelo hasta llenarle la boca. Asturias nos da a entender que la pelota simboliza a su esposo, que desaparecerá de su vida, y el caramelo, a su hijo, que pronto la llenará: «Pero su marido había corrido a recoger la pelotica. Ahora recordaba la otra parte de su sueño. El patio grande. La pelotica negra. Su marido cada vez más pequeñito, cada vez más lejos, como reducido por una lente, hasta desaparecer del patio tras la pelotica, mientras a ella, y no pensó en su hijo, le crecía el caramelo en la boca» (cap. XL). Así es que tenemos la autorización de Asturias para interpretar los demás pasajes oblicuos de su libro.

Junto con el empleo literario de sueños, obsesiones y estados semi-conscientes trazados por el método de *stream-of-consciousness*, el autor presenta las preocupaciones subconscientes de sus personajes mediante el tratamiento subjetivo del escenario, propio del autor, como se verá a continuación.

Cuando se entera el presidente del matrimonio de Miguel, su primera reacción es hostil: «... debió consultarme antes de casarse con la hija de uno de mis enemigos» (cap. XXXII), pero por el bien parece da su aprobación oficial. La entrevista que sigue entre los dos revela, sin embargo, que el dictador ha intuido el alcance de la enajenación de su favorito. Embriagado, revela que lo que más le fastidia no es con quién se casó Miguel, sino cómo: «En artículo de muerte... en artículo de muerte» repite con risotadas estrepitosas (cap. XXXII). El hecho de que fue un matrimonio irracional, generoso, espontáneo, en una palabra, un puro acto de amor, esto es lo que intuye el presidente y lo que no puede tolerar. De repente su instrumento se ha lanzado a una vida propia, y, además, a una vida con características que le son fundamentalmente antagónicas.

Sorprendido por la burla del dictador, de pronto Miguel siente una rabia asesina, pero logra dominarla en seguida. Sigue siendo el sicofanta de siempre, como él nota con profundo desprecio para sí mismo. En este estado de trastorno emocional no se da cuenta de lo profundo de la enemistad presidencial, ni sospecha la amenaza detrás del juego de la mosca que describe con ironía el tirano. ¿Quién mejor que él, sin embargo, haría el papel de mosca para la araña que es el presidente? Este empieza a toser y ahogarse, y Miguel recibe en el vestido un chorro de vómito que le empapa. Poco después, en un carruaje que lo lleva del palacio, sus emociones tumultuosas (rabia, angustia, derrota, asco, miedo) se representan según la técnica de describir aspectos del mundo externo como escogidos y notados por la mente inconsciente del sujeto: «En la estación central se revolcaba el ruido de las mercaderías descargadas a golpes, entre los estornudos

de las locomotoras calientes. Llenaba la calle la presencia de un negro asomado a la baranda verde de una casa de altillo, el paso inseguro de los borrachos y una música de carreta que iba tirando un hombre con la cara amarrada, como una pieza de artillería después de una derrota» (cap. XXXII). La mercancía descargada a golpes no es más que el eco de las risotadas burlonas que igual que golpes habían abofeteado a Miguel, y el humo caliente eructado de las locomotoras repite el reciente derrame del presidente. Si un negro asomado a una baranda se destaca tan perceptiblemente en la noche negra, debe ser porque a Cara de Angel le sugiere al dictador, siempre vestido de negro, omnisciente, omnipresente. Al notar a los borrachos, el favorito debe haber percibido en su andar inseguro la imagen de su propia inseguridad bajo esa vigilante mirada hostil. El también regresa de una derrota, como parece regresar el músico ambulante, arrastrando lo que, siendo un manantial de música y de gozo, ahora es también una carga torpe para su oficio en palacio, su matrimonio.

Luego, mientras vela la convalecencia de Camila, tiene conciencia de ser arrastrado por un misterioso destino. Se siente enajenado de ella por el hecho de su casamiento predestinado, en el cual ninguno de los dos había dado su libre consentimiento. Por mucho que quiera a Camila, su amor ansía nada menos que el ideal de una pasión libre y recíproca. En cuanto a Camila, su desasosiego también está descrito indirectamente por la técnica que hemos visto, y que logra presentar el aturdimiento de esta joven resucitada de una lucha con la muerte para hallarse despojada de familia y de hogar y casada con un desconocido. Da un paseo por el campo con su marido y se detiene para ver cortar café: «Las manos de las cortadoras... subían, bajaban, anudábanse enloquecidas como haciendo cosquillas al árbol, se separaban como desabrochándole la camisa» (cap. XXXIV). Los símiles que las manos palpitantes le sugieren, revelan preocupaciones de que acaso ella misma no se da cuenta claramente: estos gestos son con los que suponía que las manos de Miguel le iban a acariciar a ella. Al declinar el día un mozo le ofrece unos huevos, por si tenía hambre: «No; no me gustan crudos y me pueden hacer mal—contestó Camila—. Es que aquí, como me ve, me estoy levantando de la cama.» Los huevos simbolizan el acto conyugal; lo crudo sugiere la pasión no recíproca. De esta manera surrealista ella parece explicar para sí el singular aplazamiento que ha hecho Miguel de sus derechos matrimoniales, diciendo en efecto: «El sabe que sigo débil, que no lo deseo y que me podría dañar síquicamente». Responde el indio: «¡Pero ahora se va a alentar; ... a las mujeres, como a las flores, lo que les hace falta es riego; galana se va a poner con el casamiento! Camila bajó los

párpados ruborosa, sorprendida... pero antes miró a su marido y se desearon con la mirada, sellando el tácito acuerdo que entre los dos faltaba» (cap. XXXIV).

He aquí dos palabras que son el colmo de la novela: *se desearon*. Así como el dictamen de Tícher, «a la muerte únicamente se le puede oponer el amor», es la clave que resume el argumento, éste es el momento climático hacia el cual Cara de Ángel ha estado forcejeando instintivamente a lo largo de su peregrinaje: de la más vil a la más pura expresión de la pasión, al florecimiento del amor conyugal.

Con esas dos palabras llegamos a la cruz de la tensión dinámica, el momento en que Camila alcanza a corresponder el amor purificado del protagonista, punto igualmente crucial en el ciclo de la fertilidad, y a partir de este instante los acontecimientos narrativos van a desarrollarse como por su peso hasta la trágica e inevitable solución.

Durante su última entrevista con el presidente, encuentro ominoso, en el que el jefe finge confiarle una misión en el extranjero, Cara de Ángel mira por la ventana y ve en una visión el mito quiché en donde el dios Tohil exige sacrificios humanos. Las tribus consienten: «Las tribus trajeron a su presencia los mejores cazadores, los de la cerbatana erecta, los de las hondas de pita siempre cargadas... » ¡Como tú lo pides...!» (cap. XXXVII). La visión subraya el paralelo entre el presidente y el dios cruel. Pero el paralelo entre su visión y la realidad se extiende hasta incluir el tema capital. Psicológicamente, la alucinación de Miguel se justifica por su hondo compromiso en la lucha fertilidad-destrucción. El inconsciente le presenta un cuadro alegórico que, si tuviera ecuanimidad para interpretarlo, le enteraría de la batalla en que está empeñado y le advertiría de su propia inmolación inminente. Así como él se encara con el presidente, en su visión quedan frente a frente dos contendientes míticos: el Tohil-presidente, cuyo único propósito es el de destruir, y los cazadores con sus cerbatanas erectas y sus hondas cargadas, que son los siempre fértiles órganos de la reproducción humana. Sin embargo, sospecha Miguel algún peligro, y, para escapar, piensa aprovecharse del viaje al extranjero. Una vez fuera del país se propone esconderse con Camila y vivir sosegadamente de su fortuna; y fijémonos bien en esto: no lleva el menor propósito de intrigar, ni agitar, ni hacer nada por su afligida patria.

Le es enteramente nueva esta idea de escaparse. Muy al principio de la novela expresó sobre el asunto un parecer muy distinto. Estuvo hablando con un leñador que lo había tomado por un ángel por su belleza física y el modo repentino en que se le había aparecido en el crepúsculo: «¡Un ángel... —el leñador no le desclavaba los ojos—, un